

**Jesús ha vencido
a la muerte.**

**Jesús nos llama
a vivir
su Pascua.**

Pascua es el Bautismo que nos ha hecho hijos e hijas de Dios.

Pascua es la Eucaristía, el alimento de vida eterna que nos une a Jesús y a los hermanos.

Pascua es la fe y la esperanza que nos hacen caminar y mirar hacia adelante.

Pascua es encontrarse con la comunidad de los creyentes, la Iglesia, y compartir la alegría de seguir a Jesús.

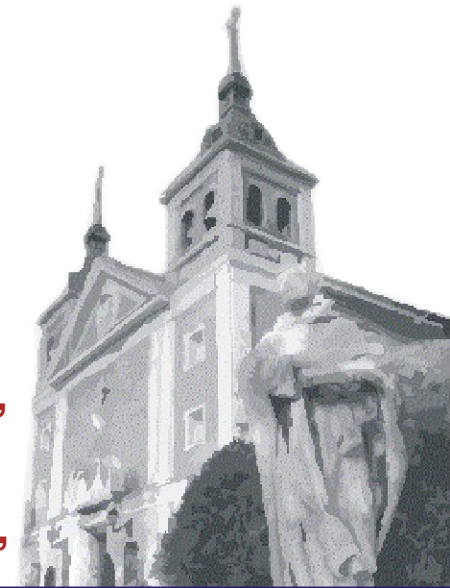
Pascua es dedicar tiempo y esfuerzo a dar a conocer el Evangelio.

Pascua es amar a este mundo, y trabajar para que toda persona pueda vivir dignamente en él.

Pascua es el Espíritu que nos llena, y que llena todo el universo.

DOMINGO DE PASCUA
5 de ABRIL de 2015
PP. DOMINICOS - MADRID

“El primer día de la semana, María Magdalena fue al sepulcro al amanecer, cuando aún estaba oscuro, y vio la losa quitada del sepulcro ”



NTRA. SRA. DE ATOCHA

Avda. Ciudad de Barcelona, 1 www.parroquiadeatocha.es



COMUNIDAD EN CAMINO

El Domingo de Pascua de Resurrección es por excelencia el día del Señor, porque el Señor por excelencia es el Señor Resucitado. En nuestro tiempo el Señor es el resucitado: su vida por Palestina, sus alegrías y dolores, su pasión, ya han terminado; su vida es la de plenitud de vida humana, y, por supuesto, vida divina.

La resurrección no es sólo un acontecimiento que tuvo lugar en un momento dado, es una realidad que sigue presente, como presente en nuestra historia está el Resucitado. Resucitó, precisamente, para que su presencia fuera solo la de un dulce recuerdo. Resucitó para que le sintiéramos presente en nuestra vida, y buscáramos estar unidos a él: nadie busca estar unido a un cadáver aunque fuera de la persona más querida. Por eso hoy no sólo celebramos que Cristo resucitó, sino que vive resucitado, presente entre nosotros, alentando nuestro caminar, y, especialmente, proclamando que también nosotros estamos llamados a la resurrección. Su resurrección es la proclamación no sólo de su victoria, sino también de la nuestra contra el mal y, en definitiva, contra la muerte.

Jesús nos ofrece la posibilidad de esa victoria y nos brinda su ayuda; a nosotros nos queda la tarea que Pablo presenta a los cristianos de Colosenses en la segunda lectura: *“buscad los bienes de arriba, no los de la tierra”*. Los bienes del cielo son aquellos más fuertes que la muerte que alcanzan su plenitud más allá de ella, en el cielo. Estos bienes son: la intimidad con Dios y Cristo resucitado, la búsqueda de la verdad, del amor y, a partir de él, el empeño de constituir comunidad. En la medida que los busquemos hemos resucitado con Cristo. La fe auténtica en la resurrección de Cristo y en nuestra propia resurrección consiste en entender la vida humana como el esfuerzo por conseguir esos bienes. Bienes que son los propios de la persona humana, los que la definen como persona, como ser humano.

Como los apóstoles hemos de ser testigos de la resurrección de Cristo, no sólo proclamando gozosos la resurrección de Señor, sino, y sobre todo, apostando por los bienes del cielo, los bienes que triunfaron con la resurrección de Cristo: recordémoslos, el amor, la búsqueda de la verdad, la intimidad con Dios. Construiremos así una comunidad -familiar, social, parroquial- de paz y libertad, como la que el resucitado quiso para los suyos. Si estamos en esa línea la Pascua ha llegado a nosotros y podemos comunicar, no sólo desear, a los demás con razón ¡FELICES PASCUAS!

Hechos, 10,14ª.37-43; Colosenses, 3,1-4; Juan 20,1-9

La fiesta de Pascua no es sólo una celebración religiosa. Es, antes de nada, una manifestación del amor de Dios que hemos de celebrar, vivir y disfrutar a fondo. ¿Es posible experimentar hoy su fuerza vivificadora? Lo primero es tomar conciencia de que la vida está llena del amor de Dios. En el mundo hay tanto mal y sufrimiento que la vida nos puede parecer algo caótico y absurdo. No es así. Aunque, a veces, no sea fácil experimentarlo, nuestra existencia está sostenida y dirigida por Dios hacia una plenitud final, hacia una vida nueva.

Esto lo hemos de comenzar a vivir cada uno de nosotros: yo soy amado por Dios; a mí me espera una plenitud sin fin. Hay tal acumulación de frustraciones en nosotros, nos queremos a veces tan poco, nos despreciamos tanto, que podemos ahogar en nosotros la alegría de vivir. Dios resucitado puede despertar de nuevo nuestra confianza y nuestro gozo.

A pesar de tantas noticias, datos y experiencias en contra podemos vivir sin angustiarnos por el futuro. Vivimos a veces, con tal tensión y ansiedad que se nos puede hacer difícil trabajar con fe por un mundo más humano. La resurrección de Jesús nos pone ante el verdadero horizonte de todo.

No es la muerte quien tiene la última palabra sobre el dolor y la muerte, sino Dios. Es su amor salvador el que reconstruye y da sentido a nuestros sufrimientos, fracasos y muertes. Hay tanta muerte injusta, tanta enfermedad dolorosa, tanta vida sin sentido, que podemos hundirnos en la desesperanza. La resurrección de Jesús nos recuerda que Dios existe y salva. Él nos hará conocer la vida plena que aquí no hemos conocido.

Celebrar la resurrección de Jesús es abrirnos a la energía vivificadora de Dios. El verdadero enemigo de la vida no es el sufrimiento sino la tristeza. Nos falta pasión por la vida y compasión por los que sufren. Y nos sobra apatía, compulsión hacia la propia felicidad y hedonismo barato que nos hace vivir sin disfrutar lo mejor de la existencia: el amor. La Pascua de Resurrección puede ser fuente y estímulo de una vida nueva.